



Fraternidades Marianistas de Madrid

Ciclo de Formación Común 2013 - 2014

Tema 5º

A) Guión de contenido: LAICOS Y RELIGIOSOS: «UNIÓN SIN CONFUSIÓN». *JOSÉ MARÍA ARNÁIZ, SM*

1. **¿En qué momento nos encontramos en la relación laicos-religiosos?
Historia de una relación que «ni se crea ni se destruye; se transforma»**
2. **Reflexión teológica para la nueva mutua relación laicos-religiosos**
 - Identificar lo que es común entre laicos y religiosos
 - Identificar lo que es diferente entre laicos y religiosos
 - Reforzar y profundizar lo que es común a los laicos y religiosos
 - Hacer complementario lo que es diferente entre laicos y religiosos
3. **No puede haber misión compartida, si no hay vida compartida**
4. **Beber del mismo pozo**

B) Guión de trabajo.



LAICOS Y RELIGIOSOS: «UNIÓN SIN CONFUSIÓN»¹

JOSÉ MARÍA ARNÁIZ, SM

Esta reflexión quiere ser un eco de la tan sabia frase del P. Guillermo José Chaminade «Unión sin confusión». Y también, un homenaje a él con ocasión de los 250 años de su nacimiento. Es un año para revivir su presencia de padre y de fundador, escuchar sus palabras y su mensaje, y experimentar su acción misteriosa de hombre santo y sabio. Él usó esta frase en distintas ocasiones; sobre todo al comienzo de la fundación de la Congregación y al elaborar las Constituciones de los religiosos marianistas. Nos quiere ver a los religiosos y laicos, y religiosos sacerdotes y religiosos laicos unidos pero no confundidos. En esta conferencia quiero aplicar esta estupenda frase sobre todo, a los laicos y los religiosos.

En esta introducción es bueno recordar algunos flashes que *ayudan a motivar, orientar y dar contexto a la misma reflexión*. La Familia marianista está integrada por diferentes ramas. Pero las ramas pueden estar al pie del *árbol, cortadas y separadas*, y no formar de hecho árbol y no recibir savia de unas mismas raíces y tronco. Esto ocurre con alguna frecuencia. La unión sin confusión nos lleva a ser árbol, pero no siempre se da. Es bueno recordar también que la realidad del *encuentro* es clave para analizar la cultura actual. La unión sin confusión pide privilegiar el encuentro auténtico y no el confuso. Oír esta frase del fundador es evocar la *necesaria sinergia* que precisamos en la Familia marianista y en la Iglesia en este momento. Esta sinergia tiene que ser mayor y nueva; se logra juntando, pero con ella se multiplica la vida y la energía. Esta propuesta del fundador es meta y tarea para nosotros, pero es también *camino*. Marca el camino; le da un especial dinamismo. Por supuesto que, cuando el P. Chaminade invitaba a la unión sin confusión, soñaba en un vino nuevo para la Familia marianista que estaba fundando y también para la Iglesia. «Árbol», «encuentro»,

¹ Conferencia pronunciada el 22 de noviembre de 2010.

«sinergia» y «camino» son palabras que se repetirán mucho en esta reflexión y, bien entrelazadas, nos exigen unión sin confusión y alejarnos lo más posible de la confusión sin unión.

Por supuesto que los pensamientos que voy a compartir parten del momento actual de las relaciones laicos-religiosos. Y llevan a *soñar en una etapa nueva para estas relaciones*. Este momento está marcado por la creatividad, la búsqueda; por una comunión que nace de la diversidad. En el fondo entre los laicos y los religiosos hay una tensión vital, que se orienta a una comunión vital. La relación es la propia de la complementariedad y de la interacción.

1. ¿En qué momento nos encontramos en la relación laicos-religiosos? Historia de una relación que «ni se crea ni se destruye; se transforma»

Cuando miro la historia de la Iglesia en su conjunto, veo en ella un permanente desafío: *hacer comunión a partir de la diversidad con creatividad y consistencia entre cristianos laicos y religiosos*. Frente a las nuevas formas y expresiones de esta mutua interacción casi siempre ha habido a lo largo de esa historia un clima de expectativa, sorpresa y duda. Solo después de pasado un cierto tiempo se ha entrado en días de bonanza. Lo nuevo es gracia de revitalización y fruto de la juventud perenne de la Iglesia, pero también es cambio costoso y desafío permanente. *Una de las grandes novedades de la vida eclesial, mencionada por el Concilio (LG 12), es una más intensa y consistente relación entre religiosos y laicos*. En nuestros días el emerger de la vocación laical y de sus expresiones en el campo de la espiritualidad y la misión y la multiplicación y crecimiento de los grupos laicales están obligando a modificar, clarificar y enriquecer a los religiosos su conocimiento y comprensión teológica de la vida consagrada y a los laicos la del laicado.

Tengo que decir que algunos religiosos han llegado a estar molestos con el relieve que han cobrado los nuevos compañeros de nuestro viaje eclesial, llamados «laicos» y «movimientos laicales» o «nuevas comunidades cristianas». Sin embargo, hay que constatar que la mayoría, tanto de laicos como religiosos, viven esto como *una brisa nueva que sopla en este momento en la Iglesia y sobre todo en las familias religiosas*. *Los laicos son algo más que una posibilidad para mantener obras que sin ellos se encontrarían en una situación precaria*. Son personas llamadas a dar forma nueva o revitalizada a algunos carismas que están envejeciendo o desapareciendo. Lo pueden hacer, ya que, cuando tienen verdadera vocación, son capaces de hablar de ellos de una manera nueva, de reencarnarlos, de encontrar otras mediaciones y expresiones de la misma inspiración. Los religiosos, a su vez, son algo totalmente diferente de lo que eran cuando se sentían

dueños del «negocio» y sus exclusivos administradores y jefes. Se acaban de dar cuenta que por casa las cosas no siempre andan bien y necesitan de los laicos tanto como los laicos los necesitan a ellos. Esta nueva sensibilidad y relación puede estar en el origen de *una nueva forma de vida cristiana o al menos de un proyecto misionero conjunto*. Para situarnos adecuadamente en esa realidad, necesitamos evocar algunas páginas de la historia de la Iglesia, de la teología y de la pastoral.

La constante evolución de las formas de vida cristiana ha hecho que con el correr del tiempo cambiara la correlación de fuerzas entre ellas y en concreto entre laicos y religiosos. Hagamos historia.

- Al principio solo existían los laicos. Los religiosos llegan en el siglo III-IV. Está claro que los religiosos venimos *de* los laicos. Más aún, la mayor parte de los religiosos son laicos respecto a los ministros ordenados. La realidad primera, común y sustantiva, entonces y ahora, es ser cristiano y el empeño más fuerte hacerse cristiano.
- Después los religiosos cobraron mucha fuerza en la Iglesia. Se convierten, con el pasar de los siglos, en una expresión privilegiada de la dimensión carismática de la misma y de la acción del Espíritu. Las modalidades de esta acción han sido siempre nuevas, como nuevas han resultado las formas de vida consagrada. Durante un cierto tiempo de esta historia de la Iglesia la vida consagrada y el sacerdocio ministerial se han apropiado en exclusiva algunos elementos que son comunes a todos los miembros del pueblo de Dios: *el carisma, la vocación, la consagración, la llamada a la santidad, la espiritualidad, la vivencia de los consejos evangélicos, la actividad misionera ad gentes, la opción por la vida contemplativa...* Dicho de un modo breve, durante una parte de la historia de la Iglesia los religiosos han tenido el monopolio de la radicalidad evangélica, la santidad y la misión. Por otra parte, eran autosuficientes y han vivido *sin* los laicos y con frecuencia de ellos han prescindido en la organización de su misión y de su vida. Los han visto únicamente como destinatarios de su acción pastoral.
- En una tercera etapa los religiosos vuelven su mirada a los laicos como colaboradores necesarios. Se reaviva la conciencia de su existencia, como personas y como grupos, y eso ocurre en muchas fundaciones del s. XIX; se comienza a delegar en los laicos aquello que los religiosos no pueden llevar adelante o lo que es «menos espiritual». Buscan en los laicos unos buenos sustitutos suyos. Les dejan entrar en el proyecto apostólico y se dialoga sobre su colaboración o «auxilio» para llevar las obras que los religiosos tienen. Poco a poco se amplían los contenidos de la

conversación, que cada vez interesa más a los religiosos, sobre temas tales como la experiencia de los laicos, la realidad del mundo, la vida de familia, la vida profesional o sindical, el manejo de la economía, el ser ciudadano. Se habla de empeños apostólicos educativos, sanitarios, misioneros y profesionales. Se inicia un período en el que la vida consagrada vive *para* los laicos y se preocupa de formarlos y de orientarlos y algunos laicos comienzan a trabajar y a vivir *para* los religiosos. Esta época cobra un especial relieve en los años anteriores al Concilio Vaticano II y sobre todo con el Concilio mismo.

- En un cuarto momento se toma conciencia de que la identidad de los laicos se hace correlativa con la de los religiosos y la de los religiosos con los laicos. La reflexión teológica sobre la vida consagrada, la vuelta a los orígenes de los Institutos, la variedad y cantidad de vocaciones laicales que se han promovido en la segunda mitad del siglo xx y en pleno siglo xxi, la presencia de los signos nuevos de la acción de los laicos y de los movimientos laicales, que para el papa Juan Pablo II son «uno de los dones del Espíritu a nuestro tiempo», la revalorización por parte del Concilio de la condición laical en la Iglesia ha llevado a los religiosos a vivir y trabajar *con* los laicos y a los laicos a buscar vivir *con* los religiosos. Consideran que solo así se toma la buena dirección y se llega a una auténtica relación de comunión, a una renovada experiencia de fraternidad evangélica, a un mutuo estímulo carismático y a captar bien la identidad de unos y de otros. Se *toma conciencia que con los laicos podemos asegurar la continuidad renovada de la vida consagrada auténtica y a su vez desde ellos apreciamos mejor la novedad que nos toca ofrecer a la Iglesia hoy.* No hay duda que a la base de esta reflexión estuvo y está la eclesiología de la comunión, que lleva a una renovada conciencia de los integrantes de la Iglesia de la necesidad de unir fuerzas, aumentar la colaboración y el intercambio de dones y enriquecer las diversas identidades.
- En un quinto momento se ha comenzado a mirar al futuro como un horizonte común. Al hacerlo se puede afirmar o confirmar que el encuentro religiosos-laicos se debe dar en el dominio del ser para que se dé en el del hacer (VC 39). Para eso se ha apuntado, a veces acertadamente y otras no tanto, a que el consagrado sea *como* el laico y el laico como el consagrado y el sacerdote; que los dos vivan el mismo carisma desde su distinta condición y eso desemboque en una nueva forma de vida cristiana. Esta intuición cuenta ya con sus realizaciones concretas. Pero es un gran desafío, que implica una nueva forma de vida cristiana; un encuentro y comunión vital que necesita una estructura nueva y no fácil. Toca a nuevos fundadores dar expresión esta nueva

forma, pero hay laicos y religiosos que experimentan la llamada a vivir el carisma recibido de esa manera.

- En una sexta etapa vamos más lejos y concluimos que el ideal es que la misión sea de los laicos y los religiosos. Que conjuntamente se lleven adelante las tareas, las obras, la misión y la presencia carismática. Para ello no es necesario llegar a que unos renuncien a poseer lo que en exclusiva tienen y otros entren a adquirir lo que ahora no es suyo. Nos estamos situando a nivel de la administración, gestión y responsabilidad de conducción. Eso basta para que todos podamos decir: «Esto es nuestro y, como nuestro que es, lo defendemos, cuidamos y multiplicamos».

Al echar una mirada al conjunto de esta historia, quizás demasiado esquemática, no podemos dejar de decir que este compartir los carismas y esta relación de comunión cada vez más intensa en un primer momento fue recibida con entusiasmo. *Sin embargo, los pasos sucesivos están pidiendo algo más y algo diferente.* Vivir esta mutua relación es exigente. Todavía hoy sigue siendo un gran desafío llegar a una relación laicos-religiosos que sea madura y marcada por una real interacción, un espíritu de comunión y la necesidad de complementación. *Cuando uno está acostumbrado a trabajar «para», no es fácil cambiar de perspectiva y trabajar y vivir «con», sobre todo si tomamos conciencia de que nos espera un «como».*

Esta nueva situación, nuevos protagonistas y sujetos, y estos nuevos escenarios están pidiendo *más claridad en la mutua identidad*, «un suplemento de identidad» y más capacidad para hacer posible el compartir en profundidad. Para ello se precisa una buena teología de fondo. Hasta ahora la relación entre religiosos y laicos ha hecho su camino buscando poco a poco el modo práctico de situarse, sobre todo, frente a la misión. *Sin embargo, se precisa más reflexión doctrinal, que ofrezca criterios para orientar bien esta mutua relación.* La historia nos ha ayudado. La teología nos va ayudar.

2. Reflexión teológica para la nueva mutua relación laicos-religiosos

Estamos en un momento eclesial y de vida consagrada oportuno para hacer esta reflexión. En ella no se pueden olvidar unos criterios tan básicos como los siguientes:

- *En la Iglesia lo que es propio no es exclusivo.* La falta de la debida autovaloración de algunos laicos y el exceso de celo de algunos religiosos han hecho que fueran considerados como exclusivos de la vida consagrada ciertos elementos comunes de la existencia cristiana

- *Lo que es común no puede faltar a ninguno; no es sano olvidarse de los sustantivos y anteponer a ellos los adjetivos. «Cristiano» es anterior a «consagrado», a «laico» y a «ordenado».*
- *A ninguno le puede faltar la originalidad que hace posible la diversidad: los adjetivos también son necesarios. La variedad está en el origen de la belleza y de la verdad. No hace nada bien convertir en igual lo que es diferente. Se tiene que buscar la unión, pero sin llegar a la confusión.*
- *La comunión se consigue a partir de la diversidad y no de la uniformidad. El gran desafío de la Iglesia y de la sociedad es acertar a vivir la comunión sin llegar a la uniformidad, que termina con la originalidad. Para ello la aplicación de la ley de analogía nos presta una gran ayuda en este como en muchos otros temas de la vida de la Iglesia.*
- *Lo que es diferente, no separa, sino que distingue a cada uno y enriquece al conjunto. La tendencia en la vida consagrada ha sido a separarse de los laicos y a veces ha olvidado que a lo que estamos llamados con la profesión de consagración es a ser cristianos y a vivir y trabajar en comunión.*
- *Lo que es recíproco crea y favorece la interacción e interdependencia, pero no debe suprimir la debida autonomía. Así nace la adecuada relación mutua entre lo carismático y lo ministerial, que tendrá como telón de fondo la fraternidad cristiana (LG 32). Por eso se llega a afirmar que en la Iglesia comunión los estados de vida están de tal modo interrelacionados entre sí que están ordenados el uno al otro.*

Cuatro serían las propuestas de una reflexión teológica que pueden orientar esta relación e interacción: laicos-religiosos

Identificar lo que es común entre laicos y religiosos

¿Qué tienen en común laicos y religiosos, si miramos tanto al horizonte de la Iglesia como, sobre todo, al horizonte del Reino? Señalo ahora varios de esos elementos comunes:

- Mueve a todos el seguimiento de Jesús y la referencia al Reino. Ahí se encuentra todo el pueblo de Dios y este pueblo de Dios trabaja para que el Reino venga. Es el gran tesoro y el gran horizonte común a todos. El seguimiento de Jesús tal como lo propone el Evangelio, tarea de religiosos y de laicos, no está reñido, por supuesto, con el compromiso vital con la cultura, la ciencia, la economía, la política, el arte, el trabajo, la vida social del laico. Al contrario, incita a unos y a otros a poner paz, justicia, verdad, libertad, amor en el proceso de humanización y de salvación que son los signos de la llegada del Reino.

- Se parte todos de un don carismático recibido. Laicos y religiosos pueden tener una vocación carismática común. Tanto la vida consagrada como los laicos pueden descubrirse a sí mismos como un don del Espíritu a la Iglesia para el mundo. Por eso, laicos y religiosos deben tomar conciencia de su vocación, darse cuenta que han recibido un carisma suscitado por el Espíritu y este carisma consiste en una especial comprensión y expresión del Evangelio. Se nota cuando un creyente tiene conciencia de que ha recibido ese don.
- Todos con igual dignidad, derechos y deberes. Todos hemos sido llamados a la fe, hemos sido ungidos por el Espíritu en el bautismo y en la confirmación. De aquí nace «la igual dignidad de todos los miembros de la Iglesia que es obra del Espíritu Santo» (VC 31). Todos los integrantes de una parroquia, una comunidad cristiana somos cristianos. Este es el término primario y original de toda la teología y nos encontramos en la consagración bautismal. «Cristiano» para todos es el sustantivo; «laico» –cristiano laico– y «religioso» –cristiano religioso– son los adjetivos.
- Juntos se participa activamente en la misión de la Iglesia. La misión de los religiosos y los laicos es la misma. Brota de la misión de Dios en Cristo y en el Espíritu Santo. La misión de instaurar el Reino es la que reúne. Esa misión consiste en trabajar por el Reino, es decir, por llevar el Espíritu de Cristo a todas las realidades temporales y a través de las más diversas actividades e iniciativas, tanto personales como comunitarias (LG 31-36).
- No podemos prescindir de una rica herencia espiritual, que hace vivir todos los elementos de la vida cristiana con una novedosa fidelidad. Estos elementos forman parte de la vida consagrada y de las comunidades laicas. Por ello bien podemos decir que *la vida consagrada se ha originado en los movimientos laicales carismáticos y en la misma se condensan dichos movimientos*. La Iglesia que vive intensamente el Evangelio, engendra vida consagrada y comunidades de laicos.

La asimilación de una eclesiología que prima lo común, conduce a una Iglesia participativa y no clericalizada, modelo eclesial este último del que venimos; se ha ido gestando a lo largo de la historia y necesita terminar. Estos principios nos permiten pensar en *una comunión orgánica* hecha de vocación, carisma, misión y ministerios compartidos.

Identificar lo que es diferente entre laicos y religiosos

Ser conscientes de la igualdad es importante; serlo de la originalidad que lleva a la diversidad no lo es menos. La una y la otra son obra del Espíritu (VC 31). Junto con los dones comunes se dan tanto en las personas como en los grupos dones diversos, particulares y distintos (1

Cor 12,11). No hay duda que cada una de las formas de vida en la Iglesia tiene su específica capacidad de representación y significación de Cristo. Solo así el testimonio coral de la Iglesia se hace fidedigno. En una cultura relacional como la nuestra es importante establecer lo que es peculiar tanto del laico como del consagrado. Aceptar ser distinto y saber con precisión en qué se es diferente no es poco. Resulta beneficioso identificar y respetar la especificidad de los carismas propios de los laicos y de los religiosos. *Necesitamos saber transmitir de una manera clara y sencilla la originalidad de la vida consagrada y del ser laico; necesitamos, también, darnos cuenta de que no hay que definir a los laicos en función y a partir de los religiosos sino a la inversa, y aceptar con gran gozo en la Iglesia la realidad de «una igualdad diferenciada».* La consecuencia de todo esto consiste en saber estar cercanos y saber diferenciarnos. Es indispensable acertar a decir con toda claridad qué es lo que distingue o «añade» la profesión del consagrado a la condición laical y qué es lo que supone el compromiso laical para el laico. Sin claridad en este aspecto no se puede echar a andar una pastoral vocacional. En este aspecto es importante evocar dos cosas: las diferencias de las que hablaremos son correlativas; la belleza del mosaico eclesial viene de la diversidad y originalidad de las piedras que lo integran.

- La llamada o *vocación*, tanto a la vida consagrada como a la vida laical, son reales en ambos casos pero son llamadas diferentes. La llamada a la vida consagrada corresponde a un don específico del Espíritu (VC 30) que origina una forma paradigmática de vida cristiana. La del laico origina otra forma paradigmática. La llamada a la vida consagrada es original y específica; y menos frecuente que la de los laicos. La respuesta a esta llamada nos coloca en la condición de vida consagrada y la laical en la de laico. Constituimos dos modos diversos de ser la misma cosa: cristiano. Los religiosos pertenecemos a un Instituto religioso. Los laicos tienen otro nivel de asociación y el elemento estructural fundamental es en la mayoría de los casos es la creación de una familia. La intensidad de la pertenencia a sus asociaciones, si las tienen, es menor que la del consagrado a su Instituto. Para el consagrado su propio Instituto asume los roles de una verdadera familia y le asegura alimento y techo, salud y trabajo, grupo y misión con las ventajas y los inconvenientes que ello supone. Para el laico todo está centrado en la familia.
- Una *consagración* específica que, sin ser sacramental, compromete a los religiosos a abrazar los consejos evangélicos para conformarse con Cristo pobre, virgen y obediente (VC 31) y situarse de manera diferente frente a los bienes materiales, el cuerpo, el sexo, la libertad y el poder. Esta consagración asume la común consagración bautismal y crismal del laico, y la intensifica

y la orienta a mantener viva la conciencia de los valores fundamentales del Evangelio. No es superior ni nos hace superiores o mejores. Solo diferentes.

- La misión es común pero *los ministerios* suelen ser diferentes y peculiares, aunque no tanto en el caso de las religiosas, en cada una de las formas de vida cristiana. No solamente pueden hacer las cosas de distinta manera, sino que hacen cosas diversas. A los laicos les corresponde ser agentes de la misión *ad extra* de la Iglesia. Su carisma y ministerio prioritario consiste en ser Iglesia transformando la sociedad, anunciando el Evangelio y buscando las estructuras sociopolíticas, económicas y culturales que favorecen la justicia y la paz. Lo llevan a cabo con el anuncio y de un modo especial con el testimonio. *La nueva evangelización será nueva si los laicos son protagonistas y no meros destinatarios de la misma, ya que se tiene que hacer «en» y «desde» las realidades temporales: política, arte, cultura, economía, trabajo y comunicaciones.* Así será nueva en el contenido, en el método y en el lenguaje y se transformará el mundo en Reino de Dios. A los religiosos les corresponde prioritariamente un acción en la Iglesia *ad intra*, lo cual supone que su dedicación preferencial sea a la evangelización directa, la catequesis, la formación en la fe, la animación espiritual, la celebración litúrgica y todo ello lo harán con una gran movilidad misionera y con mucha itinerancia y creatividad.
- La llamada es a vivir formas de vida diversas. En la del consagrado resulta especialmente evidente la llamada al celibato, también a la obediencia y a la pobreza, a la vida comunitaria vivida en común, a la dedicación prioritaria del tiempo y de las energías a anunciar y a iniciar en la fe y a una forma de vida en la que cuenta mucho el espacio largo del día dedicado a la oración y a los compromisos vividos en lugares de frontera. En todo esto el polo escatológico, común a toda la vida cristiana cobra un relieve especial en la vida consagrada. Se identifica con la tensión hacia la plenitud todavía no consumada del actuar de Cristo. Los laicos ponen más fuerza en la obra ya acontecida y realizada por Cristo, en el ahora y en el aquí. Conducen la realidad hacia la integración y la transparencia del Reino. Por supuesto, al cristiano laico no le falta nada para vivir una vida plenamente cristiana. Se define por lo que es en sí mismo. No tiene necesidad de acudir a lo que no es. La secularidad es algo propio y peculiar del cristiano laico (LG 31; ChL 15 y 17). Se manifiesta, de una manera especial en las realidades ordinarias de la vida: familia, profesión, educación, comunidad política y realidad económica. Los ministerios laicales

tienen una especificidad, un talante y un sentido teológico propio que nace de una nueva comprensión de la Iglesia.

Reforzar y profundizar lo que es común a los laicos y religiosos

Es un hecho que no siempre se ha dado la adecuada interacción entre vida consagrada y vida laical. *Cuando esta se consideró como una forma deficiente o disminuida de la existencia cristiana, con frecuencia se vio la vida consagrada como una forma superior o más perfecta, más excelente.* Por tanto es justo y necesario reforzar lo común:

- *La inserción en la realidad.* Esta es acercamiento al necesitado, al sufriente, al humillado, al increyente, al hombre y mujer de la calle y a la cultura. Esto lo tienen que reforzar todos. Unos y otros somos ciudadanos y como tales tenemos los mismos derechos y deberes.
- *Vivir la fe, la esperanza y el amor* es una meta a reforzar por parte de todos, sobre todo cuando se hace dentro de la comunión eclesial.
- *La historia común.* En un primer momento todos éramos parte del mismo movimiento inicial; poco a poco nos convertimos en instituciones diversas, que nos quisimos distantes. Debemos reforzar lo común.
- *La referencia al carisma.* Los religiosos, por una parte, no deben considerarse «depositarios» del carisma, ni apropiárselo ni monopolizarlo. Pero al mismo tiempo deben sentirse «corazón, memoria, y garantes» del mismo. A los laicos les toca poder expresar mejor las implicaciones que trae en el día a día de sus vidas y a todos agradecer el don recibido. En todos se debe dar una clara referencia al mismo.
- Es común la llamada a *la santidad* y ni más ni menos. Santidad que tiene expresiones y realizaciones distintas, según esté encarnada en un cristiano laico o religioso.

No hay duda que el intercambio consagrado-laico favorece el enriquecimiento mutuo y el reforzamiento de la común vocación. Los religiosos tenemos necesidad de los laicos y estos de los religiosos. Para que se responda bien a esta necesidad, se debe profundizar la *comunión orgánica* entre ambos grupos.

Hacer complementario lo que es diferente entre laicos y religiosos

Este es un aspecto importante y en parte nuevo en la vida de la Iglesia. En esa vida y en el Reino todas estas dimensiones diferentes no conducen a la exclusión ni a la oposición, sino que se integran entre sí con acentos diversos *in bonum totius Ecclesiae*. Puede ser conveniente

en determinadas ocasiones que la comunidad esté integrada por religiosos y laicos, por célibes y casados, por hombres y mujeres, por sacerdotes y fieles. Así se daría inicio «a un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en el historia de las relaciones entre las personas consagradas y las laicas» (VC 54). Hace bien que los laicos pidan a los religiosos fidelidad a su consagración y que los religiosos pidan inserción comprometida a los laicos en las realidades temporales (ChfL 55). Lo que distingue a los laicos de los religiosos no significa para ninguno de ellos una mayor dignidad, sino una especial y complementaria capacitación para el servicio (ChfL 20).

No hay duda que ha habido un momento en la historia en el que sobre todo hemos puesto de relieve las diferencias, las fronteras y hasta los muros. La vida religiosa se la veía, sobre todo, *en clave de aislamiento*, incomunicación o de mera yuxtaposición y sobre todo en relación con los laicos. Esto no ha sido bueno y todavía en el día de hoy pagamos las consecuencias. Debe ser muy otro el modo de proceder ahora.

¿Qué es lo que es diverso que puede ser complementario? ¿Qué conciencia tenemos de lo que podemos aportar cada uno? Los laicos no son, como se ha dicho, «criptorreligiosos». La belleza de la expresión laical es muy grande y a veces la necesitan y con urgencia los religiosos.

- Pueden ser diversos los modos de vivir la fe, de hacer la oración, de servir a los pobres, de anunciar el Evangelio, de entender la vida comunitaria en matrimonio y en un grupo de vida célibe, en un departamento de escasos metros cuadrados y en una amplia casa de una comunidad religiosa o en una sencilla residencia de una comunidad de inserción; será diferente el empleo del tiempo en un horario de consagrado que en un horario de madre de familia. La versión laical y la consagrada del carisma y de la espiritualidad son diferentes. Durante un cierto tiempo toda la espiritualidad se ha transmitido en un «embalaje» de vida consagrada. Un consagrado aprende mucho del modo de orar y de amar de una pareja; lo mismo esta de un consagrado. Por tanto, el papel del consagrado y del laico es vivir para compartir. Un carisma se afirma y se hace significativo para el mundo actual cuando se encarna en el contexto familiar o al servicio de la política o de la economía y se formula por quienes eso mismo viven.
- Cuando un carisma se hace carne en las formas de vida consagrada, surgen intuiciones fuertes tanto a nivel de la motivación como de la visión de la realidad ya que «el religioso es experto en vida espiritual» (VC 55). A un movimiento laico le hace mucho bien la presencia cercana e interacción de lo que es específico de la vida consagrada, que siempre ha sido y continúa

siendo una escuela de vida, en la que cuentan la pasión en la entrega a los demás mantenida con una clara opción mística.

- Por lo mismo, si una Congregación religiosa replantea su función y su manera de estar al interior de una familia religiosa y de la Iglesia a partir de su nueva relación con los laicos, *este simple hecho puede llevar a una verdadera refundación y al origen de una nueva forma de vida cristiana*. Le supone importantes cambios de mentalidad y de modo de proceder. No puede ser de otra forma, ya que hemos nacido para estar y trabajar «con» otros, con el pueblo de Dios. Al terminar este apartado bien podemos parangonar la frase de San Agustín y decir que *con los laicos el consagrado es cristiano; para los laicos es consagrado. El laico con los religiosos es cristiano y para ellos es laico*.

3. No puede haber misión compartida, si no hay vida compartida

La nueva identidad teológica de la vida consagrada y de la vida laical, vistas en relación con la común vocación cristiana, nos puede llevar lejos. Pero no es algo que se aprende y se adquiere de golpe y de una vez por todas. Es un proceso. Constituye una dimensión importante del camino formativo del consagrado y del laico. No todos los religiosos ni todos los laicos están preparados para aceptar esta nueva relación. Ello es debido, en buen parte, a la falta de conciencia de la propia identidad. Aquí también podemos decir que nosotros y la Iglesia estamos haciendo camino al andar y nos hace bien seguir el consejo de los Padres del Desierto: «Haz ya una parte del camino y así encontrarás luz para recorrer el siguiente tramo». Una de las cuestiones de mayor envergadura del postconcilio consiste en el necesario reajuste de las formas de vida en la Iglesia en el aspecto de la identidad y en el de la relación. Juan Pablo II lo reconoce en *Vita consecrata*: «la necesidad de explicitar mejor la identidad de los diversos estados de vida, su vocación y su misión específica en la Iglesia» (VC 4); para los laicos en *Christifideles laici* (ChL 15).

Solo así se pueden asumir valores similares, iniciar procesos comunes, compartir objetivos conjuntos y terminar en misiones y en vida compartida. Es decisivo en la vida saber correlacionar e incluir lo laical con lo consagrado, lo femenino con lo masculino, lo joven con lo adulto, lo sacerdotal con lo laical. Solo así somos capaces de resaltar los rasgos peculiares dentro de la identidad fundamental. Cuando se da esa identidad inclusiva, se consigue desarrollar un adecuado sentido de pertenencia al propio grupo y una apertura sana al de los demás. El fruto de todo esto es un pensar, sentir y actuar como religiosos y laicos interrelacionados y unidos; y ello tanto en el campo del trabajo vocacional, de la misión y de la formación como en el de la iniciación

en la espiritualidad. El paso siguiente será, y de hecho ya está siendo, una nueva forma de vida cristiana que incluye laicos y religiosos, hombres y mujeres, sacerdotes y laicos. *El verdadero reencuentro en el interior de las familias espirituales se realiza en la vivencia del carisma y de la espiritualidad y solo es posible cuando todos hacemos de la opción por la fe y por el carisma propio nuestra primera opción de vida.* Así nacen y han nacido ya nuevas formas de vida cristiana.

No hay duda que el campo de la educación es uno de los más apropiados para evidenciar un nuevo tipo de relaciones entre laicos y religiosos; es un lugar apropiado para conseguir *una comunión vital* y, además, es el lugar más apropiado. Es también uno de los espacios donde se nos ofrecen más posibilidades para que el carisma entre en el corazón de las personas. Ahí se da una riqueza múltiple y complementaria, y unas repetidas ocasiones de encuentro e interacción. En él todo se reduce a acoger, animar y acompañar. Así se llega a una educación de calidad, en la que se complementan religiosos y laicos.

4. Beber del mismo pozo

Unos y otros beben de un mismo pozo. El agua se distribuye por vasos comunicantes a todos los integrantes de la Iglesia y de las grandes familias espirituales, si creen en la comunión y de ella viven y desde ella se abren a la misión. Esta imagen del agua que se desparrama, nos lleva a pensar en un mismo pozo y en una rica experiencia de comunidad, interrelación, participación, identidad, colaboración, compromiso, formación y misión común. Estas son las palabras que más repiten quienes tienen claro el nuevo papel de la vida consagrada en relación con los laicos y de los laicos con la vida consagrada. De ellas han nacido ya, como decíamos, algunas formas de vida cristiana que servirán a toda la Iglesia. Del mismo pozo viene el agua para fecundar el compromiso por generar vida, crear las condiciones humanas de la justicia, dignidad y solidaridad, en una palabra, con «la materia del Reino» de los laicos, y el compromiso para ser una parábola inspiradora e inquietante, «aguijón y caricia a la vez», levadura y provocación profética, servicio terapéutico y estímulo de los religiosos (VC 87). *Estamos al inicio de una gran revolución, tanto para una como para otra forma de vida.* Hemos nacido de las mismas aguas del bautismo, aguas que para todos –laicos y religiosos– se convierten en buen vino por la eucaristía. Esa celebración consolida nuestra comunión vital.

Sin esta nueva relación la vida consagrada corre el riesgo de ser solamente una memoria incapaz de entrar en nuevas etapas y de llevar a cabo la verdadera nueva evangelización. *La reciprocidad es el criterio de esta interacción.* No hay duda de que estas relaciones entre

religiosos y laicos deben encarnarse en organizaciones e instituciones nuevas, que en parte nacerán fruto de nuestra imaginación o de nuestra creatividad.

Cuando se habla de comunión nos referimos al vino nuevo; a una común experiencia espiritual. Pero no es fácil dar con el odre que acoja, mantenga y haga subir la calidad de esa comunión entre laicos y religiosos. Entre ellos la misión es común, pero hay ministerios diferentes y peculiares. La dificultad está en que no resulta fácil identificar los ministerios de los laicos. Con harta frecuencia a los laicos en la Iglesia se les asignan tareas pero no responsabilidades. La vida brota en los laicos y en los religiosos, pero hay más facilidad para encauzarla entre los religiosos que entre los laicos.

Sin embargo, como hemos indicado en el apartado anterior, el agua que nos alimenta sale del mismo pozo; las misiones son las mismas. Se precisa entrar en etapa nueva y dar con las estructuras que respondan a vocaciones y opciones que nos respondan a la comunión que se da en la misión. De hecho bien podemos afirmar que no hay misión compartida sin vida compartida.

En el fondo apuntamos a una forma de vida cristiana que está hecha de experiencias que llevan a una misma meta. En esa forma todos nos sentamos en torno a la misma mesa y esa mesa es redonda. No todos los religiosos y laicos estamos preparados para asumir valores similares, iniciar procesos comunes, compartir objetivos conjuntos, asumir misiones y ministerios compartidos. En realidad a lo que estamos apuntando es a una identidad inclusiva, en la que lo distinto sirve para completar. No hay duda de que una gran revolución eclesial está a las puertas. Ejercitarse en comunión es ejercitarse en identidad. Este camino nos llevará lejos. Nuestro gran anhelo es hasta donde el amor nos lleve. Esa es la meta. Parte de un carisma, que marca una espiritualidad y da una calidad a nuestro actuar e incluso al proceder profesional (VC 87).

Estamos invitados por el P. Chaminade a dar un paso más en la comunión vital entre laicos y religiosos. Los laicos, en algún momento invitados de piedra, pasarán a ser miembros de derecho y, en lugar de participar en las migajas, llegarán a estar en el banquete. Los religiosos saldrán al aire y pasarán del distanciarse a la comunión. El espíritu que se respirará, será de respeto a la originalidad de cada uno y también de apertura a una comunión nueva, fruto de una identidad nueva. Si estamos subidos en el mismo tren, iremos en la misma dirección, hacia el mismo destino y a la misma velocidad. Conviene que nadie se baje de él y que el maquinista sea el Señor. Ese tren no es todavía el tren del Reino pero se parece cada vez más.



Guión de trabajo

LAICOS Y RELIGIOSOS: «UNIÓN SIN CONFUSIÓN»

JOSÉ MARÍA ARNÁIZ, SM

Tras la lectura completa del texto, te proponemos las siguientes sugerencias para la reflexión personal y diálogo con tu fraternidad:

1. La situación actual

Recuerda:

- Los cristianos, los seguidores de Jesús, somos el pueblo de Dios (no la Iglesia) formado por dos tipos de personas:
 - los consagrados: religiosos, sacerdotes, obispos, jerarcas
 - los laicos: los demás, la inmensa mayoría

- Los consagrados llegaron a tener tanta preponderancia que se identificaron como "la Iglesia". Tuvieron su esplendor a finales del siglo XIX y primera mitad del XX.

- El siglo XX ha visto un resurgir de los laicos en cuanto a su mayor participación en la vida diaria del pueblo de Dios, motivado por dos causas:
 - los laicos han redescubierto su vocación al protagonismo
 - los consagrados sufren una tremenda crisis de vocaciones

- El Concilio Vaticano II se hizo eco de ese resurgimiento dedicándole la *Lumen Gentium*.

A tu juicio: ¿Fue suficiente? ¿Se quedó corta? ¿Por qué?

Desde tu experiencia: ¿Cuáles son los aspectos positivos y cuáles los negativos?

¿Qué ha pasado después? ¿Ha habido avances o retrocesos? ¿Quiénes han sido sus agentes?

Los movimientos de laicos que más destacan (Opus Dei, Comunión y Liberación, Neocatecumenales,...) son de signo conservador, "complacidos" con el papel actual de los laicos y favorecidos por algunos jerarcas:

¿Por qué otros movimientos, los de signo progresista que quieren una actualización reivindicativa, apenas han prosperado?

¿Hasta qué punto los laicos “complacidos” y los laicos “reivindicativos” son responsables de la actual crisis del cristianismo en cuanto a la propagación del mensaje evangélico?

¿Uno de esos cambios debe afectar a la unión (sin confusión) de laicos y religiosos en el ámbito de los que somos marianistas? ¿En qué te basas?

2. Los campos de actuación

Siempre con igual consideración de dignidad, se pueden establecer diversos campos de actuación para anunciar y mostrar el mensaje evangélico:

- ¿Cómo te ves sobre lo que José María plantea sobre los laicos “hacia afuera”?
- ¿Cómo vives y qué opinas sobre la labor “hacia dentro” de los consagrados?
- ¿Y sobre las tareas de todos? ¿Quién toma las iniciativas en tu entorno? ¿Así debe ser?

3. La actualización necesaria

Actualización, renovación, reajuste, nuevas estructuras e instituciones, gran revolución eclesial, etc.

- Lo primero: **¿para qué?** Sobran cuestiones, todas importantes: la Iglesia de los pobres, el ecumenismo, las parroquias, los obispos y su nombramiento por sus diocesanos, la curia, el papado, el Vaticano, la liturgia, los dogmas, los laicos, las mujeres, el divorcio, la *Humanae Vitae*, la economía mundial, la globalización, el estado de bienestar, los derechos políticos, sociales y culturales, la ecología,... **¿Cuáles más se te ocurren? ¿Y a tu fraternidad?**
- Lo segundo: **¿cuándo?** ¿No es urgente? Pues ya mismo. ¿Estamos preparados?
- Lo tercero: **¿Cómo?** ¿Con otro concilio? ¿El papa Francisco estaría legitimado para intentarlo “*motu proprio*”? ¿Confundiendo en que el pueblo de Dios lo impulse de abajo a arriba? ¿Hay otras formas? ¿Cuáles?

¿Cómo se apoyan los cambios? ¿Cómo se hacen fracasar los cambios?

Si una mayoría creyente y con consciencia de iglesia quiere el cambio, habrá que moverse ya para que la “escucha”, la preparación y el desarrollo de lo que vaya a venir sea en la dirección debida; para eludir el cambio para que todo siga igual.

¿Qué podemos y debemos hacer ya, tanto personal como comunitariamente en Fraternidades / CLM?

4. La unión de laicos y religiosos

En el ámbito de la unión (sin confusión) de laicos y religiosos que estamos tratando, veamos algunas de esas posibles mejoras, de posibles nuevos escenarios, de posibles nuevas formas de vida en el pueblo de Dios para traer su Reino, aquí y ahora.

Defínete a favor o en contra, sobre todo, explicando tus reflexiones y razones.

- ¿mujeres al sacerdocio?
- ¿celibato voluntario, de ellos y de ellas, no obligatorio. ¿Estás de acuerdo en que la llamada del consagrado al celibato es evidente, como dice el texto de Arnaiz que estamos tratando?
- ¿aborto, células madre, testamento vital?
- ¿divorcio, homosexualidad?
- ¿laicos presbíteros que puedan predicar y dispensar los sacramentos de la eucaristía (misa), matrimonio y extremaunción?
- ¿te sientes con vocación (frustrada) de presbítero? ¿conoces a alguno que estaría dispuesto a dar el paso en las debidas circunstancias? ¿crees que el Libro de Vida debería decir algo al respecto?
- ¿laicos cardenales, no obispos?
- ¿laicos teólogos, expertos, consultores, sin miedo a represalias?
- ¿destacas tú algún otro tema?

5. Para hacer oración

Si quieres dedicar un rato de oración para profundizar sobre todo esto, puedes utilizar el texto Mt. 25 / 14-30, parábola de los talentos.